

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, abril de 1957

Núm. 1058

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Preco de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## La sentencia de Poncio Pilatos

**E** DUCADO en la escuela del escepticismo, Pilatos, que dudaba de la verdad, debía también dudar de la justicia, que debe estar por encima de los intereses, de las preocupaciones y de las pasiones.

Pero Jesús gozaba de todas sus simpatías, y hubiérale complacido defenderle contra el sacerdocio judío, a no ser por miedo a que lo delatasen a Tiberio.

A pesar de la concisión del relato evangélico, fácilmente se leen entre sus líneas todas las peripecias de la lucha interior que se libró durante el curso del proceso, entre la conciencia de Pilatos y su deseo de no perjudicar sus intereses ni su carrera.

Por dos veces intentó inhibirse: la primera cuando dijo a los sanedritas: «juzgadme vosotros mismos con arreglo a vuestras leyes»; la segunda, cuando lo mandó a Herodes como galileo.

No habiendo producido efecto ninguno de aquellos medios declinatorios, empezó el sumario de la causa y enseguida, después de interrogar brevemente a Jesús, dijo sin vacilar a los sanedritas: «no hallo en este hombre crimen alguno».

No pudiendo persuadirlos, trató de conmovierlos, disponiendo la fustigación del acusado, y después puso a los acusadores en la alternativa de optar entre el bandido Barrabás y Jesús. Pero aquellos perversos no vacilan, y optan por Barrabás, que es su predilecto, y si Pilatos lo hubiera exigido, quien sabe si habrían sido capaces de admitirlo como su Mesías.

Agotados los expedientes dilatorios, Pilatos se ve en el trance de pronunciarse sobre el fondo del litigio.

De todos los cargos acumulados contra Jesús, uno solo cae bajo su jurisdicción y puede procurarle disgustos con el César: el que presenta al reo como aspirante a la corona de Israel.

Delegado del César, Pilatos no puede dejar impune aquel crimen de alta traición, imputado al joven profeta.

Si Jesús quiere verdaderamente sacudir el yugo de Roma, reconquistar la independencia de su país y proclamarse rey merece la muerte.

Pero nada parece a Pilatos menos verosímil.

Es cierto que, en respuesta a su pregunta, Jesús había contestado que era rey de los judíos; pero explicándole que su

reino no era de este mundo. Además, durante tres años de predicación, nunca había hablado contra la dominación romana, ni aconsejado la desobediencia o la rebelión, ni pronunciado una palabra que pudiera interpretarse como indicadora de sus deseos de emancipar al país del yugo extranjero.

Más aún: una vez que, en Perea, gran multitud de gentes quiso aclamarle rey, rehusó la dignidad que el sufragio popular quería imponerle, y huyó como si le hubiesen ultrajado.

En otra ocasión, habiéndole tendido a este propósito una emboscada los fariseos, deseosos de comprometerle con las autoridades romanas, Jesús les había dado esta profunda respuesta, resumen de toda su doctrina político-religiosa: «Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César».

Es verdad que pocos días antes había entrado en Jerusalén como triunfador, entre las aclamaciones de la multitud. Pero en aquella multitud no había ni sediciosos ni ambiciosos, ni personajes influyentes. Componíanla los humildes, los pobres, los desheredados, los desvalidos; corazoncillos sencillos que no se agitaban por los negocios de Estado, ni soñaban con derribar los poderes establecidos.

Pilatos debía saber todo aquello, y ya había averiguado lo suficiente sobre Jesús para persuadirse de que aquel hombre no podía ofrecer peligro alguno para el poderío romano.

Sin duda comprendió, o cuando menos sospechaba, que había en Jesús un formidable reformador de la religión judía, y un adversario invencible del sacerdocio farisaico o saduceo, y se daba cuenta de que era bastante fuerte para derribar la sinagoga, lo cual explicaba por qué todo el Sanedrín pedía su muerte.

Pero ¿qué le importaba ni la sinagoga ni la ley mosaica? Si el prestigio sacerdotal y la influencia del gobierno teocrático de los judíos corrían riesgo de ruina, tanto peor para los príncipes de los sacerdotes. Ni él ni los romanos tenían motivos de inquietarse por semejante cosa.

Entendía muy bien lo que querían los sanedritas cuando le explicaban que Jesús merecía la muerte por proclamarse Hijo de Dios, pero le hubiera parecido ridículo en su calidad de magistrado romano,

adepo al politeísmo, intervenir en aquel aspecto del litigio. Proclamarse Dios era, a sus ojos, una manía inofensiva; no un crimen.

¿Cómo se reirían de él todos los escépticos de Roma si le mandaba crucificar por aquel delito!

Por eso respondía, con su actitud, a los sanedritas: ¿Por quién me tomáis? ¿Soy, acaso, judío? ¿Espero ningún Mesías? ¿Pensáis que voy a estudiar todos vuestros profetas para ver si coinciden en Jesús todos los rasgos que ellos atribuyen al Mesías? Vosotros erais los que debíais haberlos entregado a esas investigaciones antes de declarar a Jesús reo de muerte, ya que creéis en la llegada de un Mesías, y en los profetas. ¿Os imagináis que voy a asumir ese trabajo, que vosotros no habéis querido hacer? Seguramente no».

Y prosiguiendo su monólogo interior, Pilatos se decía:

«¿Puedo, por otra parte condenar a este hombre a muerte por haberse declarado rey de los judíos? ¿No es ésta una manía inocente? ¿No me ha dicho él mismo que su reino no es de este mundo? Y si no es de este mundo ¿en qué nos interesa, ni por qué Roma ha de mostrarse recelosa? ¿Qué mal hay en que este dulce profeta, que lleva tres años multiplicando sus beneficios entre su pueblo, sueñe con un reino en otro mundo? Será una locura tranquila, una ilusión, un espejismo, todo lo que se quiera, menos una traición».

Y volviendo a los judíos, Pilatos les declaraba de nuevo que no veía crimen en Jesús.

Acogidas sus palabras con gritos de rabia aquel juez que, sin embargo, hablaba en nombre de Roma, y que tenía a sus órdenes toda una cohorte de legionarios que a una señal suya, había acuchillado a toda aquella canalla, temblaba ante el motín popular.

Y cuando vió que no podía convencer a los judíos de la inocencia de Jesús, se puso a parlamentar con su conciencia, para persuadirla de la culpabilidad del prisionero.

«¿Qué es la verdad? se preguntaba sacudiendo la cabeza. Ni lo sé, ni nadie lo sabe. ¿Por qué éste Jesús, que me parece inocente, no ha de ser culpable? Ni siquiera se toma el trabajo de responder a lo que contra él se dice.

»¿Por qué obstinarme en defenderle contra los jefes de su nación, que me delatarán a Roma y pedirán mi relevo?

»Los sanedritas, que le han condenado, afirman que es culpable y merecedor de la muerte. ¿Seré yo el único en creer en su

nocencia? Las instrucciones del Emperador me recomiendan evitar todo conflicto con los jefes del pueblo judío. Seguiré, pues, su dictamen, y ya que piden absolutamente su muerte, la decretaré.

»No es ciudadano romano, sino judío, y cuando su nación le abomina, pues quiere su destrucción, sería gran necesidad de mi parte oponerme a la voluntad del pueblo, con riesgo de ser yo la víctima.

»Sin embargo, este hombre no ha perpetrado ningún crimen, y sería noble tomarle bajo mi protección, y responder a esa turba desenfrenada: «no os puedo permitir derramar la sangre de un inocente: vosotros mismos me habéis entregado este hombre y se halla bajo la custodia de Roma, y mientras no me hayáis convencido de que ha cometido un crimen no os lo devolveré».

»Sí; pero ese gran nombre de Roma, con el que le cubriré, ¿me cubrirá a mí cuando los príncipes de los sacerdotes me acusen a Tiberio de haber libertado a un hombre que se había proclamado, en mi presencia, rey de los judíos?

»¡Crimen de lesa majestad, gritarán, crimen confesado, reconocido por el reo ante el mismo tribunal, que la complacencia del Gobernador deja impune!

»Podría, sin duda, objetar que el reino de este singular monarca no es de este mundo. Pero Tiberio no lo comprendería, como yo no lo comprendo, y diría que todo pretendiente a la corona de David debe ser ejecutado.

»Para hallar gracia delante de Tiberio no basta ser inocente; hay que parecerlo. Y, según las apariencias, ese desdichado será culpable, pues los pontífices, sacerdotes, ancianos y toda la turba vociferan que lo es.

»¿Tengo yo la culpa de que quiera reformar la religión de su país, y se halla imprudentemente lanzado a esa lucha a muerte contra adversarios más poderosos que él? ¿Tengo yo la culpa de que haya pronunciado, delante del Sanedrín y delante de mí, palabras comprometedoras para su causa.

»Mi deber no es el de sacrificar mi persona para salvar la suya, sino el de velar por el mantenimiento de la paz, y los gritos furiosos que reclaman su muerte, me dicen con harta elocuencia que esta paz está perturbada, y que sólo la restablecerá la muerte del nuevo profeta.

»En todo caso urge una solución. Voy a esforzarme una última vez por apaciguar a sus enemigos, y si persisten en exigir su muerte, me lavaré las manos, y se lo entregaré».

Tales fueron, racionalmente discurriendo, las fases sucesivas de la lucha íntima sostenida por Pilatos contra su conciencia, que demuestran que su fallo fué un acto de debilidad indigna, apoyado por una sombra de legalidad.

El motivo aparente estaba escrito en la cruz: «rey de los judíos». El motivo real fué el miedo a Tiberio.

A. B. ROUTHIER

## Una mirada del Crucificado

¡Quince años! La mirada de fuego, los labios ardientes, la risa burlona, el cuerpo fuerte y bronceado, el cabello ralo, con sólo dos grandes mechones encima de las orejas, según la moda de Jerusalén para los adolescentes; tal era Séptimo, hijo de Josué y de Miriaur.

Mal visto por todos, temido, detestado, maldito casi; perezoso como un africano, apasionado por los dados, había sido la desesperación de sus padres, muertos poco tiempo antes.

Nadie quería encargarle trabajo alguno; por eso pasaba las horas tendido bajo los tulíperos, los granados y las palmeras, viéndolo de los productos de sus rapiñas, y respondiendo a la cólera con la cólera, a los insultos con los insultos, a los golpes con los golpes.

No tenía miedo de nadie ni de nada.

Se complacía en molestar a los mercaderes judíos que vendían en el templo y que Jesús el Nazareno, el hijo de José el carpintero, arrojara un día de él; en atormentar a los jóvenes de su edad, en mofarse de los escribas y levitas.

Pero no se le veía jamás pegar a un niño menor que él, insultar a un mendigo ni a un leproso, ni herir a un animal inofensivo.

Todos le auguraban un fin desastroso: tal vez la muerte en una cruz, según la costumbre de aquellos tiempos.

Aquel día, Séptimo, hijo de Josué, seguía pensativo un camino bordado de nogales y laureles, diciéndose que antes de la pue-

ta del sol debían ser ajusticiados tres hombres: dos ladrones famosos y luego un ser extraordinario, un Nazareno llamado Jesús, que hacía cosas sobrenaturales, que los más grandes profetas no habían hecho jamás.

¡—No lo he visto nunca— pensaba Séptimo con pena—y hubiera podido verlo muchas veces! Pero sin duda, yo duermo cuando él vela y merodeo cuando él trabaja.

Por todas partes se hablaba de Jesús, el que iba a ser crucificado. Entre los publicanos había algunos que lo creían inocente; pero muchos pedían su muerte.

—Si, como algunos afirman, no ha obrado nunca el mal—se decía Séptimo—¿va a morir injustamente? ¡Y yo que he merecido cien veces ser castigado... yo vivo!

\* \* \*

Era una doctrina nueva la de aquel Nazareno—Séptimo había oído citar muchos ejemplos—Así, que los ricos partieran sus riquezas con los pobres y que los hombres se perdonaran sus injurias unos a otros.

Séptimo pensó de nuevo, mientras cogía los dátiles de una palmera plantada en un campo a orilla del camino:

—Yo no soy rico, pero muchas veces he partido mi pan con otros más pobres que yo: ¿Qué hubiera dicho Jesús, el Nazareno, si me hubiera visto entonces? Es verdad que yo no quiero a nadie, ni respeto a nadie, ni aun a nuestro gobernador, Poncio Pilato; ni a un a Caifás, el gran Sacerdote; ni aun a los orgullosos fariseos.

En aquel momento un niño pasó corriendo por el camino y dijo a Séptimo sin detenerse en su carrera:

—¿Vienes a ver crucificar al Nazareno? —¿Dónde?—le preguntó Séptimo.

—En el Gólgota—respondió el niño, ya de lejos.

—¡Allá voy!—exclamó Séptimo.

Y echó a correr en dirección al Gólgota, dispuesto a verlo todo, a mezclarse en todo, a hacer reír con sus ocurrencias, a disputar y reñir con los jóvenes de su edad.

\* \* \*

Poca a poca el cielo se iba oscureciendo. Densas nubes, de un tinte cobrizo, cruzaban pesadamente el horizonte anunciando la tempestad: el viento era cada vez más sofocante, el pesado follaje de las higueras, de las magnolias y de los tulíperos se inclinaba hacia la tierra.

De pronto Séptimo se detuvo; un rumor extraño llegaba hasta sus oídos: era como el rumor de las olas azotadas por el huracán, como el rumor terrible de una muchedumbre furiosa.

Luego, a lo lejos, vió aparecer por un recodo del camino multitud de gente. Séptimo distinguió primero a muchos de sus compañeros de correrías y depravaciones que vociferaban y gesticulaban; luego los soldados, con aire hostil y maligno; luego una turba innumerable de hombres que se agitaban furiosos prorrumpiendo en injurias y blasfemias; Fariseos a caballo, sacerdotes y levitas que parecían agujonear a los demás; por último algunas jóvenes llorosas con los cabellos sueltos y mujeres angustiadas con largos velos.

—¡Mirad! ¡Mirad!, he ahí al Nazareno—

Este grito, lanzado por un curioso, hizo estremecer a Séptimo, excitado ya por el bullicio, el calor y el ejemplo. Arrastrado por sus hábitos de dureza y de crueldad inclinóse hacia el suelo y cogió apresuradamente unas cuantas piedras, que puso en la falda de su túnica. Se disponía, como sus camaradas, a apedrear al condenado.

Este avanzaba, entretanto, con la frente coronada de espinas, abrumado bajo el peso de la cruz, pero lleno el semblante de una serenidad sublime, en medio de sus enemigos que lo injuriaban y lo escarnecían con furor, en medio de los golpes que caían sobre él, del polvo que lo cegaba, de las salivas que le arrojaban a la cara.

En aquel momento cayó en tierra con la cruz, y cuando después de grandes esfuerzos pudo levantarse, los soldados obligaron a un hombre a llevarla.

Ni una queja salía sin embargo de los labios de Jesús; parecía orar en silencio, con los ojos fijos en la tierra. La sangre corría por su cara y cuello; un manto rojo cubría apenas su cuerpo, lleno de llagas dolorosas.

—¿Por qué no trata de huir? ¿Por qué no se defiende si es inocente?—pensaba Séptimo, que llevaba en la mano derecha una piedra, espionando el momento oportuno para tirarla.

Y con cierto desprecio, añadió:

¡Ese no es, sin duda, un hombre!

En el mismo instante un centurión, adivinando sus intenciones, lo separó de un golpe brutalmente; los soldados se veían obligados a defender a Jesús del pueblo para que pudiera llegar vivo al lugar del suplicio.

Pero Séptimo respondió con insolencia al centurión y se puso a acechar de nuevo el momento de apedrear al Nazareno.

Jesús levantó entonces los ojos y miró a Séptimo. Aquella miraba penetró hasta el corazón del joven; su brazo, levantado para herir, se deslizó a lo largo del cuerpo y la piedra cayó a tierra.

\* \* \*

—¿Qué te pasa? le preguntó un hombre que estaba a su lado—. ¿Tienes miedo acaso? ...

Séptimo no contestó. Creía sentir aún, fija en él, aquella mirada dulce, penetrante, divina, que parecía decirle:

—¿Por qué me persigues? ¡Tú, tan joven, te unes ya a mis enemigos! ¿Qué mal te he hecho, yo que sostengo al débil, al pobre, yo que perdono y que amo a todos?

Presa de estupor, agobiado por el remordimiento, llena el alma de una tristeza infinita, Séptimo quedó inmóvil, siguiendo con la vista la multitud que se alejaba. Una transformación inesperada se obraba súbitamente en él. Comenzaba a adorar en el fondo de su alma a aquel Nazareno escarnecido, injuriado, herido por todos, a aquel ser extraordinario, que parecía un rey, bajo el peso de la cruz y los harapos de la miseria.

Y él, que hasta entonces se burlaba de todos con su inconsciente soberbia de adolescente, echó a correr de nuevo para alcanzar el fúnebre cortejo. Hubiera querido dispersar a aquellos malditos que arrastraban a Jesús al suplicio; hubiera querido arrancarles su víctima inocente; hubiera querido arrodillarse delante del condenado, como un momento antes la Verónica, la mujer piadosa, y decirle entre lágrimas:

—¡Jesús de Nazareth, venid conmigo; vivamos juntos, lejos de los malvados, lejos de los hombres, yo seré vuestro esclavo, vuestro preso, y vos me miraréis como me habéis mirado!

Anheloso, cubierto de sudor, el joven corría siempre; el cortejo llegaba ya a la cima del Gólgota.

Arrancaron brutalmente los vestidos a Jesús, lo clavaron en una cruz, entre los facinerosos, y desde lo alto, el moribundo bajó una vez más hacia el joven culpable sus ojos divinos, llenos de misericordia.

Y Séptimo, impotente, se revolcaba en el polvo gritando:

—¡Perdonadme, Señor! ¡Yo veo que sois la verdad y el amor!

Después todo se oscureció a su alrededor, el suelo tembló; la sangre no corría ya de las llagas del Crucificado; la muerte había cumplido ya su obra, y el cuerpo de Jesús estaba inmóvil, inerte sobre la cruz.

\* \* \*

Séptimo pasó los días que siguieron oculto en una gruta próxima a Jerusalén, manteniéndose de raíces y frutas silvestres, y pensando en aquel justo que habían hecho morir porque enseñaba la caridad y el perdón de las injurias.

Luego volvió a Jerusalén y oyó decir que Jesús había resucitado, como El mismo lo profetizara, el día tercero después de su muerte.

Séptimo estaba totalmente cambiado; cambiado para siempre; de rebelde, de in-

solente que había sido hasta entonces, se había trocado en dócil, en grave, en humilde, en pensativo.

\* \* \*

Una tarde encontró por acaso, en la soledad, a un hombre de edad madura llamado Pedro, que había sido compañero de Jesús,

Pedro lloraba todavía su infidelidad al maestro. Séptimo le siguió y oyó de su boca la doctrina salvadora de Jesús.

Y al oírla creía ver siempre fija en él la mirada de dulce y tierno reproche que había cambiado su corazón en un segundo.

Y era feliz al oír la voz de Pedro y al saber por él que Jesús, resucitado, había subido a los cielos, rodeado de gloria, y lo adoraba en silencio.

Más tarde él mismo predicó la palabra divina y la doctrina del Crucificado muriendo, en fin, por ella gloriosamente, víctima de la persecución sufrida por la Iglesia bajo el imperio de Nerón.

ROGER DOMBRE

## Al Arcangel Gabriel

(SONETO)

Embajador de Dios, con la embajada de mayor transcendencia, desde el Cielo llegas radiante y buscas en el suelo a la Princesa Real tu encomendada.

La encuentras y es humilde y recatada; te anonada y te llena de consuelo su pureza y al descorrer el velo de tu presencia, siéntese ensalzada.

Y le dices temblando y aturdido: —¡Dios te salve, María!— y manifiesta su rostro de los cielos el candor.

Y al responderte casi en un gemido, oyes a la Princesa esta respuesta: —Heme aquí: soy la esclava del Señor.

Hermenegildo Rodríguez

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—¡Padre! en tus manos encomiendo mi espíritu, Y expiró.

Así murió Jesús de Nazaret. Murió porque quiso prolongó sus últimos momentos de agonía voluntariamente. Los tormentos, los suplicios, eran suficientes para matar al hombre. Pero El, apuró su vida, hasta lo último milagrosamente, por la salvación del género humano.

He aquí la obra grandiosa de Dios. Y el ser humano, contemplando la tragedia del Gólgota, sin comprender

exactamente su significado, se pregunta:

—Y todo esto ¿por qué?

Concéntrate, alma humana. Busca una explicación lógica a los acontecimientos de esos días de dolor que la Iglesia te recuerda todos los años. Murió Dios a manos de sus criaturas. Pudo evitar la muerte y sin embargo fué a ella voluntario. Cerró sus labios ante los Tribunales de la Justicia de los hombres. Entregó sus manos a los verdugos cuando había llegado su hora según las profecías. No quiso defenderse, cuando tan fácil hubiera sido para El. Y abrió sus brazos en cruz para ir lentamente entregando su vida ... por la humanidad.

Extraño proceder humano.

¿Qué motivos impulsan a Dios a realizar un acto tan extremado de ofrecer su vida, su gran pasión, sus inmensos dolores y penas y la muerte afrentosa de la cruz?

Solo un gran amor puede explicar algo, ese inmenso sacrificio.

Y ese gran amor, fué toda la causa de su vida, de su pasión y de su muerte.

Y ¿qué valor tiene su sacrificio? Es el valor extraordinario, incomparable, excesivo en verdad, del que paga los pecados ajenos para lograr el perdón de lo Alto.

Y después... pasados aquellos días, comenzó una revolución en las almas. Los poderosos del mundo temblaron, los tronos e imperios cayeron ante la fuerza espiritual que significaba la doctrina del crucificado.

Nació la civilización cristiana.

En adelante habría de empezar a contarse el tiempo, partiendo del Nacimiento del Nazareno. Era un acontecimiento de tal importancia que el mundo surgía de nuevo purificado y redimido.

El hombre tenía abiertas las puertas de la salvación,

Solo tenía que entrar por ellas impulsado por la fuerza del amor que había abierto el corazón de Dios al arrepentimiento de los hombres.

Necios serán los hombres si no aprovechan el favor de Dios que les invita con su perdón y su misericordia a entrar en el reino de los cielos.

... y quiso más ser amado que temido.

R.

Comentando

## ¿MANIAS?

Tengo amigos muy extraños cuando se les observa en su vida privada. En el ejercicio de su profesión, son personas normales, gozan de fama como tales, se les oye con respeto y consideración. Son algo oráculos de su saber. Personas serias, incapaces en apariencia, de bromas o chistes; pero ...

siempre un pero interrumpe la monotonía de muchas cosas. Yo he visto algunos de ellos, en un rincón de su casa, concentrados en trabajos extraños, dedicados con un interés que no creo sea menor que el que ponen en su vida profesional.

Son coleccionistas de sellos, o coleccionistas de anillas de cigarros, otros pintan o emborronan lienzos con paisajes imaginarios, hacen versos, escriben novelas que nunca verán la luz pública, o leen novelas policíacas o de viajes interplanetarios.

Dan impresión muy extraña al contemplarles fuera de su vida normal y casi se nos ocurre pensar si esa vida es la anormal.

¿Qué causa les impulsará a poner

un interés tan grande en esa manera de actuar?

¿Qué pretenden con ese desvío de su rutinaria vida profesional?

¿Cuál es ciertamente su verdadera afición?

Si pudiéramos hacer una encuesta, tipo americano, a cada hombre mayor de 40 años, para averiguar si está contento con su profesión, ¿qué nos contestarían y cuantos serían los conformes con la que tienen en la actualidad?

Es posible que esos refugios íntimos fuera de la profesión sean un descanso

muy conveniente de sus preocupaciones normales, un apartamiento de la vida inquieta y preocupada del trabajo, un huir de las incomodidades rutinarias para encontrar el descanso en lo simple, en lo sencillo, en la quietud y la paz.

El hombre fué hecho para la paz espiritual. Nos buscamos nosotros las inquietudes para luego huir de ellas.

Nos complicamos la vida, no sé si para tener el placer de encontrar unos momentos de paz en la vida simple y tranquila del coleccionista, del pintor o del poeta.

Que no nos falte ese refugio apartado donde descansar el espíritu tan necesitado de reposo.

SUSTITUTO

**"Religión y Patria"**

Periódico de  
propaganda católica

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

Proveedor del S. Vaticano

**"La Versal"**

La imprenta que no necesita  
anunciarse.

Teléfono 23-31

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

**JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA**

**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos  
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA**

**J. A. M. S. A.**

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81

GIJON

Moros, 56

**Orbués**

Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

**CARBONES**

Covadonga, 27

Teléfono 1817

**La**

**Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León).